

Cuarto trimestre 2026 | Número 9

Silver & Gold

Patrimonio

**EL RENACIMIENTO DE LO TANGIBLE
EN UN MUNDO MÁS DIGITALIZADO**

METALES PRECIOSOS Y JUBILACIÓN
EL COMPLEMENTO PERFECTO A LA PENSIÓN

EL UNIVERSO DE LOS DIAMANTES
UN CAMPO CON MUCHO POR EXPLORAR

LA REVISTA PARA PATRIMONIOS INTELIGENTES



Monedas de oro de diferentes cecas. Pexels

La importancia del valor real, del valor que puede tocarse

En una sociedad cada día más digitalizada, los activos tangibles ocupan un lugar relevante dentro de la planificación de una estrategia de protección patrimonial

Todo lo que deseas cabe en la palma de tu mano. Eso es lo que, al menos, nos hace pensar el mundo actual, en el que tu teléfono móvil tiene la capacidad de hacer lo que antaño era imposible. El dinero, nuestras inversiones, nuestros planes de futuro... todo ese potencial ha tornado en una vuelta a lo clásico, a aquellos activos que puedes sentir, tocar y ver. La digitalización ha transformado nuestra relación con el dinero, pero no ha eliminado el valor de aquello que existe físicamente. Opciones como los metales preciosos, los diamantes o incluso las obras de arte cobran relevancia por algo que no parece en teoría tan particular: su valor económico está ligado a su dimensión material. Una moneda de oro, un lingote de plata, un cuadro, una joya... bienes físicos, limitados y susceptibles de conservarse a lo largo del tiempo.

Uno de los elementos que explica el interés histórico por

estos bienes es precisamente su escasez. El oro y otros metales preciosos requieren procesos de extracción y transformación; los diamantes naturales necesitan condiciones geológicas extraordinarias para formarse; y determinadas obras de arte son, por definición, piezas únicas.

Esa combinación entre escasez, durabilidad y demanda ha contribuido a que determinados activos tangibles hayan acompañado a las sociedades durante generaciones. Su valor no depende únicamente de que puedan utilizarse, sino también de la dificultad de reproducirlos o sustituirlos.

El oro es quizá el ejemplo más evidente. Ha sido utilizado como moneda, reserva de valor y materia prima durante miles de años y continúa formando parte del patrimonio de particulares, empresas e instituciones. La plata, el platino y el paladio comparten algunas de estas características, aunque cada uno cuenta con propiedades, usos industriales y dinámicas de mercado diferentes.

PATRIMONIO MÁS ALLÁ DE LA PANTALLA

Hablar de activos tangibles no significa contraponerlos necesariamente a los activos financieros o digitales. Cada categoría responde a unas características diferentes y puede desempeñar un papel distinto dentro de una estrategia patrimonial. Mientras algunos activos existen principalmente como una anotación, un derecho o un valor representado digitalmente, otros tienen una presencia física que permite conservarlos, transmitirlos y, en determinados casos, convertirlos en parte visible del patrimonio familiar.

La clave está en comprender qué se posee, cuáles son sus características y qué horizonte temporal se persigue. Diversificar no consiste únicamente en repartir el patrimonio entre diferentes productos, sino también en conocer la naturaleza de los activos que lo componen. Además, los bienes tangibles tienen una dimensión que trasciende el presente. Una moneda puede conservarse durante décadas, un diamante puede pasar de una generación a otra y una obra de arte puede formar parte del patrimonio familiar durante mucho tiempo.

Esa capacidad de permanecer convierte al activo físico en algo más que un objeto. Puede convertirse en memoria, legado y patrimonio. Eso nos hace recordar que no todo lo que tiene valor necesita existir únicamente dentro de una pantalla.

VOLVER A LO QUE SIEMPRE FUNCIONÓ

En una economía cada vez más rápida, inmediata y digital, quizá resulte especialmente interesante recordar el valor de lo que permanece. La tecnología puede cambiar la forma en la que compramos, ahorramos o gestionamos nuestro dinero, pero conceptos como escasez, conservación, propiedad y legado siguen formando parte de nuestra relación con el patrimonio.

Durante siglos, las personas han buscado formas de conservar el fruto de su trabajo y transmitirlo hacia el futuro. Han cambiado las herramientas, las sociedades y las formas de intercambio, pero permanece una misma necesidad: dar continuidad a aquello que consideramos valioso. Hoy podemos consultar nuestro patrimonio desde un teléfono móvil, realizar operaciones en segundos o almacenar información en espacios que no podemos tocar. Sin embargo, esa transformación no ha eliminado el significado de poseer algo que existe físicamente.

Porque no todo lo valioso necesita caber en una pantalla. A veces, el valor también está en aquello que permanece, que puede conservarse y que puede pasar de unas manos a otras. En definitiva, lo tangible no pertenece al pasado. Forma parte de una manera diferente de entender el patrimonio: con perspectiva, conocimiento y una mirada puesta en el largo plazo.



Valor real.
Belleza eterna.



Universo
Diamante



Un diamante de cristal sobre un sofá negro. *PickPik*

Diamantes: pequeños en tamaño, colosales en valor

Durante siglos, los diamantes han simbolizado lujo y exclusividad, pero detrás de su atractivo existe también un mercado determinado por la escasez, calidad y unas características específicas

Pocas materias primas concentran en un objeto tan pequeño una historia tan extensa. Los diamantes naturales necesitan millones de años para formarse en condiciones geológicas excepcionales y, una vez extraídos, cada uno presenta unas características particulares que determinan su singularidad. Su dureza, escasez y capacidad para conservarse durante generaciones han convertido a estas piedras preciosas en uno de los bienes más reconocibles del patrimonio tangible.

Pero hablar de diamantes desde una perspectiva de ahorro requiere ir más allá de su valor como joya. Su posible incorporación a una estrategia de protección patrimonial responde a una lógica diferente a la de otras alternativas, y precisamente por eso resulta fundamental conocer qué se está

adquiriendo y qué factores intervienen en su valoración.

Pero, ¿qué diferencia significativa hay respecto a, por ejemplo, los metales preciosos? A diferencia de un lingote de oro, cuyo valor está estrechamente

relacionado con su peso y pureza, el precio de un diamante depende de un conjunto mucho más amplio de variables.

Las conocidas 4C —carat, color, claridad y corte— constituyen la refe-



rencia fundamental para determinar sus características. Dos diamantes del mismo peso pueden presentar valores muy diferentes si existen diferencias significativas en cualquiera de estos parámetros.

El quilataje hace referencia al peso de la piedra; el color permite establecer su grado dentro de una escala determinada; la pureza analiza la presencia de inclusiones y características internas; y la talla evalúa cómo ha sido trabajada la piedra para conseguir que la luz interactúe con ella. A estos factores se suman otros elementos como la forma, la procedencia, la certificación y las condiciones del propio mercado.

LA IMPORTANCIA DE LA CERTIFICACIÓN

Precisamente porque no todos los diamantes son iguales, la información y la trazabilidad adquieren una importancia especial. Una certificación gemológica independiente permite identificar las características de una piedra y disponer de una referencia objetiva sobre aquello que se está adquiriendo.

En un activo cuyo valor depende de tantos factores, el conocimiento es una parte esencial del patrimonio. Comprender las características de la pieza, contar con documentación adecuada y acudir a profesionales especializados son pasos fundamentales antes de tomar cualquier decisión.

También es importante distinguir entre el valor de un diamante como piedra preciosa y su comportamiento como activo. No se trata de un producto homogéneo ni de un mercado idéntico al de los metales preciosos. Su valoración puede ser más compleja y su liquidez, diferente. Por eso, cualquier planteamiento patrimonial debe contemplar estas particularidades.

La diversificación no consiste únicamente en acumular diferentes productos, sino en incorporar activos con características distintas y comprender cómo encajan dentro de una estrategia global.

En este sentido, los diamantes pueden representar una forma de acercarse al patrimonio tangible desde una perspectiva diferente. Su tamaño reducido, durabilidad y rareza les confieren unas propiedades singulares, mientras que su dimensión estética y cultural añade una característica que pocos activos poseen.

No obstante, su presencia en una cartera debe entenderse siempre dentro de una estrategia diversificada y con un horizonte adecuado. No existe un activo que, por sí solo, pueda responder a todas las necesidades patrimoniales. La clave está en conocer las características, ventajas y limitaciones de cada uno.

MUCHO MÁS QUE UNA PIEDRA PRECIOSA

Quizá parte del atractivo de los diamantes resida precisamente en esa combinación difícil de reproducir: son pequeños, extraordinariamente resistentes, escasos y capaces de conservarse durante generaciones.



Un diamante de corte redondo brillante. Pexels

Una piedra puede cambiar de manos sin perder su naturaleza, hacerse joya, convertirse en patrimonio familiar o conservarse como un activo tangible.

En una época en la que gran parte de nuestro patrimonio se muestra en una pantalla, los diamantes recuerdan que existen bienes cuyo valor está ligado a su rareza, su permanencia y su capacidad de trascender el tiempo. Porque, al final, su verdadero atractivo no reside únicamente en el brillo. Está en aquello que resulta mucho más difícil de encontrar: algo escaso, duradero y único.

Claves para identificar a una moneda bullion

Peso, pureza, diseño, metal...descubre las principales características que definen una pieza y ¡aprende a reconocerlas!



Nueva edición de monedas del Año de la Cabra. *Invermoneda*

Las monedas de inversión, también conocidas como monedas bullion, ocupan un lugar destacado en la industria. Antaño se pensaba que eran piezas únicamente de coleccionismo, pero con el tiempo las cecas han ido aumentando la pureza y hoy sintetizan a la perfección lo mejor de ambos mundos. Pero, ¿cómo podemos reconocerlas? Uno de los primeros aspectos que debemos observar es el peso y la pureza del metal. Muchas monedas bullion se comercializan en onzas troy, una unidad equivalente a unos 31,1 gramos. También es habitual encontrar piezas de media onza, un cuarto de onza o una décima de onza. La pureza indica la proporción de metal precioso que contiene la moneda y suele expresarse mediante cifras como .999 o .9999, que equivale al 99,9 % y 99,99 %, respectivamente.

Otro elemento identificativo es su diseño. Muchas de las monedas bullion más conocidas proceden de casas de moneda oficiales y presentan motivos fácilmente reconocibles. Es el caso de la Krugerrand sudafricana, la Maple Leaf canadiense, la Filarmónica de Viena, la American Eagle estadounidense o la Britannia británica. Cada serie

tiene sus propios diseños y especificaciones, que permiten identificar su origen y características.

También conviene conocer una diferencia fundamental: una moneda bullion no es necesariamente una moneda numismática. Mientras que las primeras se valoran principalmente por su contenido en metal precioso, en las piezas numismáticas influyen especialmente factores como la rareza, la antigüedad, el estado de conservación y el interés histórico. Ambas categorías pueden compartir características, pero responden a criterios de valoración diferentes.

Por último, antes de adquirir una moneda, es importante comprobar su autenticidad, sus dimensiones, su peso y la fiabilidad del vendedor. El aspecto exterior no basta para garantizar que una pieza sea auténtica, por lo que ante cualquier duda resulta recomendable recurrir a profesionales especializados. Conocer una moneda bullion es comprender qué tenemos entre manos. Identificar el metal, la pureza, el peso y la procedencia permite valorar mejor sus características y tomar decisiones informadas a la hora de incorporar metales preciosos al patrimonio.

El arduo camino a la jubilación

Planificar tu ahorro permite construir un patrimonio inteligente y férreo y afrontar la jubilación con una visión a largo plazo



Dos personas de tercera edad revisan papeles con datos. IstockPhoto

Pensar en la jubilación es mirar más allá del presente. En España, el debate sobre la sostenibilidad del sistema de pensiones y la incertidumbre económica han llevado a muchos trabajadores a plantearse cómo complementar sus ingresos futuros y preservar el patrimonio que han construido durante su vida laboral. Ante este escenario, la planificación adquiere un papel fundamental. Contar con distintas alternativas de ahorro puede ayudar a afrontar el futuro con mayor previsión y a diversificar el patrimonio. Entre ellas, los metales preciosos ofrecen una vía basada en activos físicos que han acompañado históricamente a distintas generaciones como forma de conservar riqueza. Con esta filosofía, SilverGold Patrimonio desarrolla su Plan Senior Jubilación, una propuesta diseñada para construir progresivamente un patrimonio en metales preciosos, adaptando las compras a las posibilidades económicas y los objetivos de cada cliente.

El funcionamiento parte de una idea sencilla: ahorrar de forma planificada durante la vida laboral para disponer de un patrimonio tangible cuando llegue la jubilación. En ese momento, cada persona podrá valorar, según sus necesidades, si desea vender parte de los metales acumulados para obtener liquidez o mantener otra parte como reserva patrimonial. Una de las principales características del Plan Senior Jubilación es su horizonte temporal, que puede abarcar entre 5 y 30 años. Este planteamiento permite distribuir el esfuerzo de ahorro a lo largo del tiempo, sin que sea necesario realizar una gran aportación inicial. La finalidad no es anticipar los movimientos del mercado ni garantizar una rentabilidad determinada, sino incorporar disciplina y perspectiva a la planificación patrimonial. Porque la jubilación no debería ser únicamente el final de una etapa. También puede ser el comienzo de otra, planificada con tiempo y con la tranquilidad de haber construido un respaldo propio.

